

## SER Y APREHENSIÓN DEL VALOR

JESÚS ZÚÑIGA GARCÍA  
SANDRA GUADALUPE SÁNCHEZ RODRÍGUEZ  
MARÍA DEL ROCÍO ROSA MARÍA GONZÁLEZ GUERRERO

TEMÁTICA GENERAL: EDUCACIÓN Y VALORES

### INTRODUCCIÓN

"No entre nadie que no sepa geometría", dicen, rezaba la frase que Platón colocó a las puertas de la Academia. En una de sus cartas encontramos otra frase que afirma "quien no sepa ver, abandone la filosofía". Ambas poseen entre sí una relación cercana; manifiestan que la facultad humana capaz de develar el ser de las cosas y conducir al ser humano incluso hasta el fundamento mismo de lo real es un modo análogo del ver, *i'dein*, sólo que su objeto no es el ser concreto y perceptible por los ojos de la cara, sino otro dado a nuestras facultades inteligibles. De ahí la geometría como propedéutica para alcanzar esta "visión" del ser y de las cosas inteligibles; su poder para separar la materia sensible de la forma espacial, hacen de ella un excelente ejercicio para desarrollar aquellas facultades que alcanzan el aspecto inteligible de las cosas, su ser y su esencia, su *Idea* o *Visión intelectual*, como puede también decirse.

La fenomenología de Husserl, heredera de esta tradición, aunque mediada en gran medida por Aristóteles, retoma incluso el nombre. *Anschauung* sustantivo del verbo mirar (*anschauen*), es la palabra que se ha traducido al español por *intuición* y constituye, según esta escuela, el fundamento de todo saber. El acto de ideación, mediante el cual se alcanza la esencia o el *ser así* de una cosa, es una especie de la intuición. Los principios lógicos, por ejemplo, nos son dados a través de esta intuición; no se alcanzan mediante la abstracción inductiva o la inferencia. Por el contrario, estas operaciones los presuponen. Los principios lógicos son intuidos, *vistos*, pero inteligiblemente; son objeto de una "visión intelectual".

La axiología alemana, por su parte, adaptó estas categorías a la ética. Max Scheler y Nicolai Hartmann indagaron el aspecto intencional del sentimiento y concluyeron que existe una intuición emocional, intencional del mismo modo que la intelectual. Los objetos que aprehende esta intuición son, precisamente, los valores.

Estas categorías permiten entender cómo se apreheden los valores y dar una respuesta a una pregunta fundamental en el campo educativo, a saber, ¿pueden enseñarse los valores?

## DESARROLLO

Esta pregunta se descompone en dos elementos, como ya se entre ve en lo dicho arriba; por un lado, se trata de saber qué clase de objeto es el valor y, por otro, cómo es aprehendido. En relación a lo primero, podemos decir que los valores son una especie de los objetos ideales y que, en relación a lo segundo, su rasgo particular, que los distingue de otros objetos ideales, consiste en ser objetos dados a través del percibir sentimental. En la comprensión de ambas tesis, del modo más preciso posible, está la clave del cómo diseñar una estrategia para enseñar los valores o, por lo menos, nos daría una orientación general de cómo sería esto posible.

La respuesta a la primera cuestión requiere dar un breve rodeo por algunas tesis centrales de la fenomenología. La primera de ellas, el concepto de intuición intencional. Con intuición (*Anschauung*) hace esta escuela referencia a la *percepción inmediata* de algo. Veo el cielo azul por encima del horizonte y tengo en ese momento la intuición de tal objeto. Al tener un objeto como su correlato, esta intuición es intencional. Hay otras que son llamadas por Husserl *hiléticas* por carecer de objeto y sólo poseer material sensible. Siento, por ejemplo, comecón en mi pierna izquierda. En este caso sólo tengo esa sensación sin objeto a cual remitirla. Esta sensación no es intencional.

La intuición intencional aprehende un objeto; la *hilética*, no. Según el modo de ser de esa aprehensión, varía el modo de ser del objeto. Los colores son vistos, pero no oídos. El número es entendido, pero no visto. A esto lo llama Husserl la *tesis* de la intencionalidad. Los valores son objetos del percibir sentimental. De ahí que, la *tesis* en que son dados es de tipo emocional.

Lo anterior hace del valor una clase especial de los objetos ideales. Éstos son aquéllos que se aprehenden inteligiblemente, es decir, no se ven ni se oyen, ni se perciben por ninguno de los sentidos; son más bien objetos que se *entienden*. El cero, por ejemplo, es un objeto *inteligible*; la experiencia que tenemos de él no nos es dada por ningún sentido. La tesis de la intuición en que es aprehendido sólo nos muestra los objetos que pueden ser entendidos. El cero se entiende y, por eso, es un objeto ideal, a diferencia de los objetos reales, que sí nos son dados mediante la vista, el oído, el tacto, etc.

Ahora bien, el cero es objeto de una intuición; no es resultado de una inferencia deductiva. No es algo que conozcamos mediatamente, a través de sus efectos. Un ejemplo de lo último son los casos de los rayos infrarrojos y los ultravioleta. No tenemos intuición de ninguno de ellas; pertenecen al espectro de la luz invisible para nosotros; sólo por sus efectos sabemos de su existencia; mediante ellos la inferimos. Empleamos para ello la *dianoia*, es decir, el pensamiento discursivo, que procede por asociación. Este no es el caso del cero. Tenemos intuición directa de él; es fruto de la *noesis*.

Tampoco es el cero resultado de una inducción a partir de la experiencia sensible. La generalización a partir de casos particulares implica experimentar estos casos. En lo que respecta al cero, esto implicaría experimentar sucesiva y reiteradas veces la nada. Y esta experiencia debería darse por los sentidos, es decir, debería darse una intuición sensible de la nada. Lo cual es evidentemente imposible, mediante los sentidos sólo experimentamos el ser, no el no-ser.

Otro ejemplo quizás aclare la idea. El juicio "Entre dos números enteros hay una serie infinita de fraccionarios" es evidentemente verdadero. Pero ¿cómo constatamos su verdad? No lo hacemos mediante una inducción, ¿dónde o cuándo hemos visto, oído o, en general, percibido lo infinito y además reiteradamente? Tampoco percibimos sus efectos y mediante ellos inferimos el objeto. Tenemos ciertamente una intuición del infinito, lo mismo que de la nada, más es sensible, sino inteligible. Lo infinito y la nada son cosas que se entienden, no se oyen ni se ven.

Algo similar podemos decir de los valores. Ni la belleza, ni la justicia, ni ningún otro valor es percibido mediante los sentidos. En esto son similares a los números; pero no son propiamente inteligibles; se perciben más bien emocionalmente. Ortega y Gasset tradujo el *fühlen* usado por Max Scheler en su idioma al castellano *estimar*. Los valores no son cosas que puedan entenderse, más bien cabe estimarlos o desestimarlos. La elegancia no se entiende; se estima o desestima. Así, son objetos ideales, pero no inteligibles, sino accesibles mediante la intuición emocional.

El primer peldaño del percibir sentimental lo constituyen los sentimientos sensibles, vitales, anímicos y espirituales. Ellos son las facultades que proporcionan el material de lo valioso y permiten discriminar los valores en distintos tipos, pues éstos se distinguen fundamentalmente por su materia. Los valores de lo agradable, los valores vitales y los espirituales (valores auténticos a diferencia de los utilitarios y simbólicos, que son valores por referencia) son materia de los sentimientos respectivos: valores de lo agradable para los sentimientos sensibles, valores vitales para sentimientos anímicos y vitales, y los espirituales para los valores del mismo nombre. De ellos, los tres últimos son

intencionales. Los sentimientos sensibles son *hiléticos*. Por lo que, los valores de lo agradable son relativos.

Estos sentimientos conforman las funciones del percibir sentimental. Además de ellas, están los actos del mismo. Preferir y postergar son los actos que muestran el rango de los valores. Aunque la elegancia y la justicia son ambos valores, no valen lo mismo. La intuición de la superioridad de uno respecto al otro es manifestada por los actos del preferir y el postergar.

Los actos superiores del percibir sentimental los conforman el amor y el odio. El primero es la fuerza que hace posible el progreso en el ámbito axiológico. Mediante él se descubren valores nuevos, no intuidos todavía. Por obra del amor se descubren en una cosa valores superiores, no vistos hasta entonces en ella. La obra del odio es la opuesta; pone su atención en los valores más bajos de las cosas. El odio significa la posibilidad del retroceso histórico en el conocimiento del valor.

¿Cómo se relacionan todos estos conceptos con la formación? Recordemos que la fuente primordial de estas ideas se halla en la fenomenología. El análisis de la intencionalidad que lleva a cabo esta escuela nos permite entender esa relación. La intencionalidad de la conciencia es el nexo entre objeto y acto que hace posible todo saber y supera las dificultades de concebir el conocimiento como representación. Un acto o vivencia intencional remite necesariamente a un objeto. Si imagino, imagino *algo*; si pienso, pienso *algo*; si veo, veo *algo*. Sin ese *algo* no imagino, ni pienso, ni veo en absoluto. Acto y objeto se funden. Esto es posible por virtud de la intencionalidad de la conciencia. También en virtud de ella, el mundo de los objetos es contenido *virtualmente* en la conciencia.

Ahora bien, la aprehensión de un objeto modifica en alguna medida la conciencia misma. Un objeto, hasta entonces desconocido, que es ahora aprehendido, hace crecer o enriquece la conciencia. Precisamente la unidad de los actos intencionales de la conciencia es lo que constituye la persona. Así la define Scheler. De modo que, en la aprehensión de los objetos crece, se modifica o forma la persona. El saber, acto intencional por antonomasia, puede definirse como la participación de un ser en el *modo de ser* de otro ser. El ser humano es el sujeto de esa participación y crece o se perfecciona en ella. Este es precisamente el sentido del saber: aumentar y ahondar nuestra participación con el mundo, lo cual significa también crecer y profundizar nuestro ser. En este ahondamiento los valores desempeñan un papel crucial.

Este ser de la persona, maleable y dúctil al saber, ha sido nombrado por los autores mencionados como *ethos*. Refleja esta palabra ese sutil juego de transfiguración entre el ser de la persona y el mundo de los objetos. El *ethos* es un modo de ser y, al mismo tiempo, una *disposición* frente al mundo, aspectos que mutuamente se interrelacionan y transforman. En la posibilidad de "incidir" en este *ethos* está la clave de la formación. Pero esto es sólo un modo de hablar, porque tal "incidencia" no puede darse más que en el ámbito de la libertad.

## CONCLUSIONES

Hay dos puntos que se destacan en la exposición anterior. Por una parte, al ser objetos de una intuición, los valores no son propiamente objetos de enseñanza. Esto es, no se accede a ellos por inducción o inferencia o alguna otra operación cognitiva distinta de la percepción inmediata. La manera de acceder a ellos encuentra su vía apropiada en técnicas del mostrar. Los valores no se enseñan, sólo se muestran. Esto es, sólo es posible crear las condiciones en que se produzca la vivencia en que son aprehendidos. Este es el sentido de la frase de Louis Lavelle la cual advierte que los valores no se conocen hasta que se viven. Del mismo modo en que es imposible transmitir por conceptos la intuición del color azul a alguien que no tiene la capacidad de ver, así lo es transmitir un valor mediante información, conceptos o inferencias lógicas. Todo esto puede coadyuvar a que suceda la vivencia en que se aprehende el valor. Pero si esta última falta, todo lo demás sobra. El valor, entonces, sólo puede mostrarse. El docente ha de desarrollar técnicas en esta dirección.

Por otra parte, al estar estrechamente relacionados con el ser personal, con el *ethos* de un individuo, no es la mejor manera de realizar la vivencia mencionada a través de códigos de ética o el cumplimiento de normas. Estos, a lo sumo, orientan el hacer y, en la mayoría de los casos, sólo exteriormente. El valor es plenamente aprehendido en la unidad integral de una persona. Los valores se aprecian más nítidamente en las acciones y virtudes de un ser personal. Es el modelo (*Vorbild*) y no la norma el que con más éxito puede lograr tal meta. Pero no se crea que el modelo se limita sólo al campo de las personas reales, también pueden serlo las personas ficticias de la literatura y el arte. Tampoco se reduce el modelo a la categoría del individuo concreto, los pueblos y los círculos de cultura son también modelos. *Individuo* en este caso es una categoría de identidad y no de unidad. La cultura del antiguo pueblo griego, por ejemplo, puede considerarse y presentarse como un modelo. La

síntesis de ideas y valores que encarnó son la realidad viva en que el joven de nuestros días puede aprehenderlos.

Nuestro tiempo, embebido en los fines del éxito y la eficacia, ha centrado su atención sobre todo en la figura del líder y ha dejado de lado casi por completo la del modelo. Parece tiempo de recuperarla y estudiar toda la fuerza formativa que posee. Con ello se estarían poniendo las bases de la "educación del corazón" que anunciara Pascal hace ya bastante tiempo

## REFERENCIAS

Hartmann, Nicolai (2011). *Ética. Madrid*. Ediciones Encuentro.

Hartmann, Nicolai. (1965). *Ontología. Volumen I*. México. Fondo de Cultura Económica.

Ortega y Gasset, José. (2004). *Introducción a una estimativa. ¿Qué son los valores?*. Madrid. Ediciones Encuentro.

Platón. (1990). *Cartas. Obras completas*. Madrid. Aguilar

Platón. (1990). *República. Obras completas*. Madrid. Aguilar.

Scheler, Max.(1942). *Ética*. Madrid. Revista de Occidente.

Scheler, Max. (1975). *El saber y la cultura*. Buenos Aires. Editorial Siglo Veinte.